

Films de amor
Dances del querer



Norma Shearer 50/cts



FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de València, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO III

NÚM. 11

Lances del querer

(THE SON OF THE BRIDE, 1922)
Adaptación de la película del mismo
título, interpretada por la insuperable

NORMA SEHARER

Por ALEJANDRO DE RICCI

EXCLUSIVA



Mallorca, 220

Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

REPARTO

Criquette	NORMA SEHARER
Felipe Leroux	LEW-CODY
Mote de Canturac	Carmel Miers
Mr. de Canturac	Lionel Selmore
Lola de Haris	Dorothy Sebastian
Andrés (criado)	Teuen Holtz

Un buen día aconterció que el encopetado y aristocrático colegio del Sagrado Amor, instalado en las afueras de París, vio insólitamente comprometida su paz conventual y la mansedumbre de su disciplina por la llegada de una nueva colegiala.

Se trataba simplemente de la riquísima heredera de las señores de Canturac y los directores del Colegio no creyeron de momento conveniente ejercer un extremado rigor con la señorita Criquette de Canturac, heredera de una de las más sancadas fortunas de Francia.

Pero es lo cierto que al desgraciado ingreso de aquel diablillo, se terminó la rigurosa disciplina que hasta entonces había reinado en el colegio, y ello había alarmado seriamente a su digno y engolado profesorado.

Allí donde hubiese una escandalosa aven-

turilla que referir, una burla que realizar o un entuerto que corregir, se hallaba Criqueite de Canturac, y lo que es peor, las hasta entonces linoratas pensionistas, le hacían ahora corro, elevando a compás de ella sus improcedentes carcajadas y sus aventurados comentarios.

Esta situación estaba ya tocando a una violencia sin precedentes en los gloriosos anales del colegio, en el preciso momento a que nuestra narración se remonta.

Criqueite se hallaba aquella tarde tomando su lección de esgrima junto con sus demás compañeras.

Frente a ellas, y vuelta la espalda a las muchachas, se hallaba el profesor de armas, un aristócrata italiano venido a menos, que escondía su caballerosa penuria dando lecciones particulares de esgrima.

—¡Atención!— decía el profesor— ¡Imiténme en un todo las alumnas. Parada en cuarta... ¡fondo!...

Pero he aquí que al dar esta orden ocurrió algo extraordinario. El profesor, que acababa de lanzarse a fondo con toda la corrección clásica de un buen esgrimista, perdió de repente la altiva prestancia que corresponde a un profesor de armas que se precie.

El hecho fué que sintió en la parte menos

discreta de su cuerpo la punta aguda de un florete, y dió un salto de terror, huyendo de la acerada punta del arma.

—¡He sido herido por la espalda! ¡Una de estas señoritas me ha pinchado por la espalda!

El escándalo fué mayúsculo. Criqueite no podía esconder la hilaridad que la cruel broma que había ideado le había producido.

A los gritos del profesor acudió al jardín la directora del Colegio, la que no necesitó mucho para deducir quién había sido la culpable.

Criqueite, aterrunizada al advertir el duro ceño de la directora, abandonó a sus amigas y salió huyendo por el jardín, seguida por las severas recriminaciones y las amenazas de la profesora.

Al llegar a las tapias del huerto, sin pensar en la responsabilidad en que incurria y sólo atenta a huir de las amenazas de la profesora, se encaramó en un banco y trepó hasta el borde del muro, dejándose caer en un jardín inmediato.

Criqueite, que en el fondo era una criatura llena de inocencia y de candor, no conocía de París y de sus peligros más que la inocente perspectiva que encerraban las tapias del jardín de su colegio.

Por eso al verse ahora en aquel raro jar-

din medianero, quedó sorprendida de cuanto en él pasaba.

En aquel barrio apartado y silencioso, tenía una lujosa finca de soltero el acaudalado Felipe Levaux, y en aquel rincón discreto del que referían horrores las malas lenguas, fué a caer la colegiala huyendo de las iras de la directora.

Felipe Levaux era uno de esos hombres mimados por la fortuna y el amor, que mantenía una fama escandalosa de conquistador empedernido.

Oriundo de una de las más nobles familias de Francia y disfrutando de una fortuna casi fabulosa, vivía solo en su hotel de la plaza de la Estrella, servido por un viejo criado de toda su confianza. Felipe era hombre a quien el mundo había dado una práctica especial de vida, que consistía en ser generoso sin comprometer su fortuna, enamorado sin perder la cabeza, y elegante sin afectación. Era brillante sin tener gran talento, ingenioso, sin necesidad de llegar a buen conversador, y lo bastante viejo para ser amado sin peligro.

En estas condiciones resultaba Felipe Levaux un hombre peligrosísimo en París.

En el fondo era un perfecto inteliz que ganaba casi siempre, porque nunca exponía nada. Pero las mujercitas en plena crisis de

romanticismo, aquellas que pasaron por la vida sin hallar el amor en el matrimonio, y veían próxima la madurez sin haber realizado sus sueños, eran víctimas propicias de sus taimadas artes de conquistador profesional.

Estas artes se reducían casi siempre a unas cuantas frases, siempre repetidas, con diferentes entonaciones, según la hora y el paisaje. Todas las palabras de amor tienen una morfología diferente que rima con el momento en que son pronunciadas, ni más ni menos que unos pantalones blancos de playa, una corbata clara de primavera o una brillante pechera de "soirée".

Sin estas variantes preciosas no se comprendería que las bellas frases de amor que tanto conmueven a las mujeres, tuvieran significación alguna, ni más ni menos que las de "buenos días" o "tanto gusto, señor".

Pero, ¿se puede prever siquiera el efecto que produce sobre una mujer que toca a la cuarentena y está afectada de una neurosis elegante, el oír a un hombre elegante decirle al oído con una voz dulce y apasionada?

"¡Si tú no existieras, yo no querría vivir!"
o bien:

"Es inútil que quieras falsear tus propios

sentimientos, si sabes que me amas más que a nada de este mundo."

Con este arsenal de frases, muy siglo XIX, Felipe Levaux constituía un terror para los maridos y un atractivo sin límites para las casaditas y solteras del París de los salones y de las carreras de Longchamps.

En las afueras de París poseía un hotelito solitario y discreto, con un jardín coquetón y profundo.

Con frecuencia, un automóvil soberbio, o un sencillo y discreto taxímetro se estacionaba en la puerta del hotelito, unos momentos, los necesarios tan sólo para que la gran verja de hierro se abriera a instancias de unos bocinazos.

El coche penetraba en el jardín, cruzaba las alamedas, y en el fondo, al pie mismo de la casa descendía una damita elegante que se perdía como una visión en los oscuros y galantes pasillos de la finca, sin dejar ver de ella ni siquiera la silueta.

Por esta misma discreción y por la buena acogida que en aquel hotel se dispensaba a sus bellas huéspedes, era éste muy frecuentado por las damas más encopetadas de París, y así por todos aquellos alrededores era objeto de la curiosidad y de la malicia de vecinos que veían con qué escandalosa fre-

cuencia los más bellos "roadsters" de los bulevares se daban cita en los jardines de la villa misteriosa y galante.

II

En el momento de caer Crikette en el jardín contiguo, fué a sorprender el idilio de Felipe con una de sus numerosas amantes.

— ¡Flor de mi corazón — decía Felipe —, eres tú la única mujer que he amado en mi vida!

Fué el sentido de rivalidad tan desarrollado en el corazón femenino, o fué acaso que la muchacha sintió por primera vez despertarse los dormidos deseos de coquetería que anidan en el corazón de cada mujer? Pero es lo cierto que Crikette dejó resbalar su cuerpo en tierra, dando un pequeño grito y fingiendo un desmayo.

Felipe Levaux se apresuró a recoger a la colegiala.

— Por favor, ¿qué le sucede, señorita? Se encuentra usted herida?

Ella fingió volver de su desmayo.

— ¡Oh, señor! Salté creyendo que este jar-

din estaría solo, y le debido doblarme un pie al caer.

Felipe galantemente se apresuró a envolver con su pañuelo de seda el tobillo de la colegiata mientras que la compañera de Felipe, despechada, se alejaba, dispuesta a no perdonar a su amante la galante atención que éste prodigaba a una desconocida.

Criquette alegó que no podía dar un paso, y de esta manera el pobre Felipe debió tomarla en sus brazos y conducirla de esta guisa al colegio inmediato, con gran regocijo de la muchacha, que por primera vez se sentía estrechada por un hombre joven y elegante.

No es de creer, sin embargo, que al galante Levaux le hiciera la misma gracia la aventura, a juzgar por el gesto aburrido y enfadado que mostraba al conducir al colegio a la joven. Pero ésta se consideraba feliz al apoyar su linda cabecita sobre el hombro vigoroso de Felipe.

Desgraciadamente la felicidad dura bien poco para los hombres, y las puertas del colegio se abrieron de nuevo para la muchacha que vió alejarse tras la verja al hombre que por primera vez hizo vibrar su corazón en una dulce ternura.

Criquette fué conducida a su habitación bajo la mirada feroz de la directora.



— Es un hombre admirable... maravilloso.

Después de su aventura, fué asaltada por la curiosidad de sus compañeras.

— ¿Era guapo? — preguntaba una.

— ¿A quién se parece?

— ¿Qué te dijo?

— ¿Qué hizo?...

Y las preguntas ansiosas de las compañeras se sucedían.

— Es un hombre admirable... maravilloso — dijo con calma Criquette—. Desde el primer momento advertí que iba a tener una influencia decisiva en mi vida, y sentía que

sus palabras iban robando mi corazón. Ahora nada me importa. Yo le pertenezco, tal vez sin que él mismo lo sepa... pero o poco he de poder, o ha de amarme como jamás amó a mujer alguna.

Entre tanto, la Junta de profesores se había reunido para discutir seriamente el caso.

—Es una atolondrada que va a revolucionar a todas las demás alumnas—decía la directora.

—Pero observe usted, señorita — objetaba el administrador del colegio —, que son tres mil francos mensuales más la nota anual de estudios... que siempre sube un poco. Total unos cincuenta mil francos por años, pagados religiosamente y sin la menor protesta.

—De acuerdo. Pero más perderemos si nuestro colegio pierde su bien justificada fama de morigeración.

—El comportamiento de esa señorita es sencillamente escandaloso.

—Es de una impudencia sin límites—objetaba otra vieja bachillera que tenía a su cargo la clase de moral.

Y así fué como entregada a sus censoras se acordó suprimir a la gentil Crikette de las listas del famoso colegio del Sagrado Amor.

Poco importó a Crikette la resolución adoptada por la directora.

—No es necesario que se preocupe usted en escribir a mis padres. Se lo diré yo misma.

—Sin embargo, aun estamos a tiempo de corregir este escándalo, señorita. Bastará una formal modificación de conducta, y todo habrá sido olvidado.

—No. Prefiero que las cosas sigan así. De otra manera no sé hasta cuándo me tendrían encerrada en un colegio al que nada me liga en verdad.

III

Cuando Marcos de Cantoral contrajo matrimonio con la linda señorita d'Ivannes, aquél le doblaba justamente la edad.

Ella era una señorita bellísima y pobre, mientras que Cantoral brillaba en los salones como un rico y alegre hombre que sabía armonizar sus negocios con el amor.

Pero aconteció que el buen Marcos se enamoró de la señorita d'Ivannes que ambos se casaron, y durante buena cantidad de años,

no pudo hallarse en todo París pareja más deliciosamente feliz.

Sólo que los años habían ido pasando y no en balde. El señor de Canturac era ahora un hombre dado a los negocios de más alta estera, y ello naturalmente le robaba a la intimidad del hogar los más preciosos momentos.

Madame de Canturac, por el contrario, atravesaba una de esas crisis sentimentales a que son muy propicias las mujeres cuando están tocando a la cuarentena y no tienen razón alguna para quejarse de la vida.

Se sentía más abandonada que nunca en su hogar, casi olvidada por su marido.

Mientras Ciquette fué pequeña, ella era el mejor refugio y la mayor alegría de la señora Canturac. Pero ahora, ya una jovencita, se sentía cada vez más despegada de su madre, más independiente y más reservada.

Y, sin embargo, madame de Canturac era una mujer joven y bellísima. Todo cuanto la rodeaba la conducía a un torbellino de frivolidad y a una completa desaprensión moral.

Se sentía cortejada por todos los hombres galantes de París, y en sus salones se daban cita los leñorios profesionales a la caza de aquella presa codiciada. Por eso su si-



... era una mujer joven y bellísima ...

tuación de mujer intachable corría un serio peligro en aquellos momentos.

Cuando Ciquette pudo volar del colegio, tuvo una agradable sorpresa.

Felipe Levaux, el hombre que ella conoció y amó una tarde, frecuentaba sus salones.

Claro que Ciquette, recién salida del colegio, y con su facha de colegiala inocente,

no era quien atraía a casa de los Canturac al bello Don Juan, favorito de todas las damas de París.

Pero en el corazón de todo humano, hay siempre un sedimento de vanidad, y poco costó a la traviesa colegiala hacerse a la idea de que la asiduidad de las visitas del joven caballero tenía un motivo justificable en su juventud y en su belleza en flor.

Ella tenía que ignorar que su madre era aún una mujer bellísima y a la moda que atraía a todos los Don Juanes ociosos, con el prestigio de su romántica belleza otoñal.

Un día Felipe Levaux envió a la señora de Canturac una magnífica cesta de flores con un billete amoroso.

"Amada mía: No puedo pasar más tiempo sin deciros que os amo sobre todas las cosas del mundo. Sean estas flores las mensajeras humildes y elocuentes de la sinceridad de mi pasión.

Felipe."

Criquette recogió las flores de la mano del criado.

—Las envía el señor Levaux — dijo el servidor.

—Entonces son para mí—respondió la muchacha sin vacilar.



... justificada por su juventud y su belleza en flor.

Abrió el billete. Esto decía mucho más de lo que ella esperaba, y loca de contento fué a enseñar a su madre el presente de Felipe.

—Mamita, él me ama. ¡Soy tan feliz!

—Pero, niña, por Dios. No debes hacer caso al primer avenedizo—dijo la madre desechada.

¡Oh, no, mamanta! Le conocí hace tiempo, y fué de una amabilidad conmovedora para conmigo.

—Esta clase de hombres son siempre demasiado amables con todas las mujeres que

quieran escucharles. No creas que eres tú la única a quien dirige sus apasionadas frases.

—¡Oh, sí, soy yo la única! ¡El me lo dijo un día!

En esta afirmación mentía Crikette. Pero había vivido tan intensamente el recuerdo de su primera amistad con aquel hombre, que lo había deformado a su modo y se creía ligada a él por una promesa inquebrantable.

Madame de Canturac no podía resignarse a aquella infidelidad moral del hombre que hasta entonces le había hecho la corte. Por eso se pasaba indignada por su habitación.

—Así son todos los hombres. Toda la vida haciéndome el amor inútilmente. Y cuando me disponía a... a despedirle cansada de tanta insistencia... él me substituye por mi propia hija.

"Eso no es correcto. A una señora no se la abandona, y menos por la rivalidad de una niña.

"Ahora mismo voy a puntualizar las co-

sas. Es necesario que yo le vea inmediatamente, sin perder un instante.

"Este paso podrá comprometerme. Pero no hay cuidado, yo no he de ceder... Sin embargo, es insultante su proceder, y tendrá que darme cuenta de grado o por fuerza...

La señora de Canturac dió una orden.

—Pronto; preparen el coche. Necesito salir con urgencia.

Entre tanto la señorita Canturac en su habitación estaba ocupada en un arduo quehacer. Desde hacía media hora venía pidiendo con una insistencia digna de mejor causa, una comunicación telefónica con el señor de Levaux.

El teléfono, ese aparato salvador que se ha inventado para ganar tiempo, contestaba con la celeridad a que nos tiene acostumbrados. Fue primero un cruce divertido entre un hombre de negocios y una bailarita de las Folies Bergères.

Luego un silencio injustificado. Parecía que la Central se hubiese fosilizado en el olvido de las viejas edades.

Por fin Crikette logró su propósito.

—¿Está en casa el señor de Levaux?

—Sí, señorita. ¿A quién quiere que anuncie?

—¡Oh, no le moleste! Dígame solamente

que la señorita de Canturac irá a su casa dentro de diez minutos para agradecerle la fina atención de sus flores.

Cuando el criado dió a Felipe el recado de Criquettie, éste comprendió el yerro ocurrido y la trascendencia que podía tener.

Al diablo con esa maldita muchacha, que aparece siempre en los momentos en que es más enojosa su presencia. Si viene díle que me he muerto. No quiero saber nada más de ella.

IV

Pocos momentos después, una visita llamaba a la puerta del señor de Levau. Era la señora de Canturac, que venia decidida a exigir una explicación de la conducta de Felipe.

—El señor no puede recibirla, señora. Díce que se ha muerto.

La señora Canturac, indignada, comenzó a recorrer el recibimiento a grandes pasos nerviosos.

—¡Muerto!... Así debía estar en verdad ese impostor y ese corruptor de doncellas...

"No, pues va usted a decirle a su señor que debe recibirme en seguida, si quiere evitar un escándalo para las notas de sociedad."

Las destempladas voces de la señora de Canturac habían llegado hasta el aposento de Felipe, que se apresuró a salir en busca de su adorada.

—Por Dios, amada señora. Disculpe usted a este mentecato. Se trata de una confusión de este torpe criado. Figúrese usted que...

—No tiene usted que excusarse de nada, señor... Y esas flores de esta mañana son una confusión también?...

—Pero es admirable, mi querida señora... ¿Cómo iba usted a dejar de adivinarlo? Exactamente se trata de una confusión también... pero esta vez de su criado de usted. Mis rosas de esta mañana iban destinadas a la más gentil y bella dama de París, a usted, que sabe cuánto la adoro. Sólo que alguien ha querido adueñarse de las flores que a usted estaban dirigidas.

—Es usted un farsante. Yo no merezco que trate de vengar mis deseos seduciendo a mi hija.

—Pero, querida señora, se lo ruego. Usted no tiene rival posible.

La señora de Canturac había ido cam-

biando con una rapidez que hablaba mucho en favor de la ductilidad de su carácter y de la fácil ternura de su corazón generoso.

—Bueno — dijo ahora con una triste voz insinuante —. Ayúdeme a despojarme de este abrigo que me ahoga. Aunque sea usted un monstruo, no había olvidado su proverbial galantería.

Y así, reconciliada la buena y honesta señora de Canturac, con su adorador incondicional, Felipe Levaux, se dejó ganar poco a poco por las frases apasionadas de aquel hombre, y estaba dispuesta a perdonarle todos sus pretendidos desvíos cuando de nuevo sonó el timbre de la puerta.

En el vestíbulo se oyó una alegre voz cristalina y chillona. Era la propia Ciquette que acudía a casa de Levaux, según le había anunciado momentos antes por teléfono.

La señora Canturac reconoció en seguida la voz de su hija.

—¿No lo decía yo antes que es usted un monstruo? No, pero eso sí que no he de tolerarlo. No puede usted proceder así con una criatura como Ciquette.

Pero, señora, si yo le juro que nadie le ha llamado aquí. Yo mismo le hice un momento orden al criado de no recibirla... ¡Esta comprometadora e insoponible chiquilla!...



— Ayúdeme a despojarme de este abrigo que me ahoga.

—Poco a poco, joven. Usted olvida que está hablando de mi hija.

—Pero es que ella olvida que a quien yo amo con toda la pasión de mi alma es a otra Cantusac...

—Y qué voy yo a hacer ahora. Si mi hija me sorprende aquí va a pensar Dios sabe qué horribles cosas de su madre...

—Tranquilecese, señora. Pase al cuarto contiguo, mi habitación, y yo me desembarazaré rápidamente de la muchacha.

La señora de Cantusac no tuvo otro remedio que ceder, obligada por las circunstancias tan delicadas en que se hallaba, y accedió a pasar a la habitación de Levas, para que su hija no pudiera descubrirla.

Entre tanto Criquette discutía con el criado.

—El señor — decía el infeliz fámulo — estaba muy grave... pero ahora tiene más conformidad.

—Pronto estará bueno. Yo vengo a cuidarlo, y estoy segura de que nadie ha de sanarlo como yo.

—Pero es el caso que no es prudente que una señorita como usted... Decididamente, señorita, el señor no está visible para usted.

Vamos, no sea usted necio. Anúncieme a Felipe, si no quiere que me anuncie yo misma.

Ya era tiempo de que madame Cantusac se hubiese puesto a salvo.

La impaciente Criquette acabó irrumpiendo como una tromba en las habitaciones de Felipe.

Al encontrar a este envuelto en su batín se dirigió a él abrazándolo con gesto maternal.

—Pobre criatura mía. En la fisonomía se advierte el estrago de tu terrible enfermedad... Una noche al raso seguramente, ¿verdad, hijito mío?

—Señorita, por favor, le ruego a usted... me encuentro profundamente indispuesto, y, por otra parte, su visita podría ser torcidamente interpretada...

—¿Y qué me importan a mí las interpretaciones, ahora que sé que me amas?

—Es que...

No, si ya lo he comprendido todo. Lo que necesitas es descansar, y voy a prepararte el lecho. Te dejaré dormidito y en seguida me marcharé... que buena falta te hacen ambas cosas. ¿Es ésta, verdad, la puerta de tu habitación?

Felipe se abalanzó rápidamente a la muchacha.

—Por favor, señorita, no me comprometa ni se comprometa usted. Esta diablura de chiquilla puede costarle cara.

— Ya me lo había supuesto que había gato encerrado en esa habitación. Y hasta me parece familiar el perfume de ese cuarto... ¿Decididamente, no quieres ir a descansar, mi ratoncito trasnochador? Perfectamente. Entonces hablaremos seriamente.

Ambos fueron a sentarse en un sofá y ella empezó de nuevo su charla implacable.

—Creo que nos entendemos fácilmente, Felipe. Yo estoy segura de que tú me amas, o, por lo menos, que me amarás en cuanto a mí me convenga.

—¿Y usted es capaz de prever eso, señorita?

—Las mujeres podemos preverlo todo.

—Perfectamente. Y ¿adónde puede conducir ese amor a tantos días fecha?

—El amor conduce siempre al mismo sitio cuando se trata de una señorita y un caballero. Es decir, a la Alcaldía y a la ceremonia religiosa... Después un viajecito por Europa y Oriente, y el término inevitable es de nuevo París con su aburrida existencia.

Y si yo le dijera que...

—¡No tiene que decirme nada! Más tarde, cuando estuviéramos casados, se arrepentiría de haberme disgustado ahora.

—Pero, señorita, comprenda usted que lo que me dice ahora es absurdo.

—Precisamente por eso es lo más razo-

nable del mundo. Lo verdaderamente absurdo sería lo otro... lo que usted pretende.

Felipe se dio ahora cuenta perfectamente del temple de esta muchachita que parecía ignorarlo todo, y que sabía presentir la realidad con su gesto de encantadora alegría.

V

Pero estaba visto que aquella mañana el hado adverso había querido unir en casa de Felipe Levaux a todos los enemigos de su tranquilidad.

De nuevo en el vestíbulo se advertían voces, pero esta vez las palabras eran más enérgicas y las protestas del criado más angustiadas.

—Felipe — dijo Crikette, que se había puesto densamente pálida —, quien habla ahí fuera es mi padre... y es preciso que salga de esta casa sin que vea quién se halla en ese cuarto!

—¿Y usted sabe quién está ahí, señorita?

—¡Bastará con que quien no lo sepa sea mi padre!

El pobre Levaux tuvo una expresión de abatimiento.

—Sálveme usted que parece tan fuerte, señorita, y sálvela a ella, se lo pido por favor.

—Perfectamente... ¿Y después?

—No molestaré nunca más a su madre.

—Está bien, cójanme usted fuertemente, porque estoy viendo que va a entrar de un momento a otro mi papá.

Efectivamente, la puerta cedió con violencia, y Mr. Canturac penetró como una tromba en la habitación.

El espectáculo que vió debió sorprenderle intensamente.

Criquette, con su habitual desenvoltura se dirigió a su padre.

No sé qué ganas con entrar tan violentamente. Has atemorizado a mi pobre Felipe que es tan tímido.

—¿Y qué haces tú aquí, criatura, puedes explicármelo? ¿Qué haces tú en casa de este seductor sin moral y sin escrúpulos?

Poco a poco, papá, estás echando tierra a la familia. Piensa que estás desprestigiando a tu futuro yerno.

—El proceder de usted es escandaloso... ¡Le ha estado haciendo el amor a mi esposa!

—Eso no es cierto, papá!

—Pues a ver, explícame tú sí puedes: ¿qué



— ¡Estás desprestigiando a tu futuro yerno!...

significa esta carta que he hallado en el tocador de mamá?

Al decir esto, el irritado marido mostraba en su mano el billete que Crikette había tomado por suyo aquella mañana al adueñarse de las flores.

Crikette se echó a reír con el mejor humor del mundo.

—Pero, papá, ¿cómo pueden los celos haberle hecho pensar semejante disparate? Esta carta acompañaba unas flores que Felipe me ha enviado "a mí" esta mañana.

La explicación era, sin duda, bastante clara.

—De todas maneras, caballero — dijo a Felipe el señor de Canturac —, convendrá usted conmigo que su conducta con una inocente criatura, como mi hija Crikette, no es lo debidamente correcta.

—Señor Canturac, "su inocente" hija Crikette, sabe muy bien que su presencia en esta casa no le ha hecho perder nada de su acrisolada dignidad.

—¿Y el escándalo?

—Si no trasciende, no hay escándalo. Ni usted tiene interés en que pierda nada del prestigio de su hija, ni yo el de "mi futura esposa".

—¿Está convencido, pues, señor Levaux?

—Estoy a sus órdenes, señor Canturac.

—¿Cuándo anunciamos la boda?

—Para un par de meses. Tiempo necesario para liquidar mis actuales asuntos.

Mr. Canturac tuvo ahora un gesto de confidencia, y en voz baja le dijo a su yerno futuro.

—Bueno, muchacho, arregla bien tus asuntos de soltero. Por mi parte, nada ha de saber mi hija de estas cosas.

—¿Quedamos de acuerdo! ¡Hasta la vista!

—Hasta pronto, señor Canturac.

Crikette al despedirse de Felipe, le dijo en voz baja:

—Y ahora, Felipe, ¿estás convencido de que las flores me las enviaste "a mí" precisamente? En esto se obra a veces con el subconsciente de que tanto se habla ahora.

Al sacar Felipe de su escondrijo a madame Canturac, se miraron con desolación los dos amantes.

—Señora, mire usted de qué manera ha llegado a ser mi suegra...

Felipe se preparaba concienzudamente para su boda inminente.

Escribió una carta.

"Amada mía: He caído por atolondrado en el matrimonio, por tiempo indefinido. Considérate fallecida... pero no olvidada. Descorazonadamente, tuyo

Felipe."

Luego buscó una lista, mandó hacer una carta circular, y ordenó que aquella misiva se enviara a cada una de sus amantes.

Ahora—pensó—puedo ir descansadamente al matrimonio. Dentro de poco, poseeré definitivamente una mujer con carácter de exclusividad oficial. Y se da el caso de que o mucho me equivoco o he ido a tropezar con la más adorable, la más bella y la más buena de cuantas mujeres puedan concebirse.

Ella lo dijo bien: "Si no me amas todavía, pronto me amarás con toda tu alma...", y la profecía se va cumpliendo a las mil maravillas.

Porque es seguro que la única mujer que yo he amado hasta ahora ha sido precisamente Crikette. Esto, según yo entiendo, es una cosa difficilísima de poderla apreciar por sí mismo.

Hallamos una nueva mujer en nuestra ruta y nos creemos que jamás amaremos a ninguna otra como a la última... hasta que apa-

rece una nueva que, por tanto, tiene en sí el privilegio eterno de ser la "última".

Pero una vez en la vida cada hombre se encuentra una mujer. Esa mujer generalmente es más fuerte que uno mismo. Nos cautiva por su belleza. Nos seduce por sus atractivos morales... pero lo cierto es que nos domina y nos hace juguete de su instinto femenino.

Es la gran revancha del sexo femenino. El mundo entero está gobernado por las esposas y por las amantes de los grandes dignatarios y de los legisladores.

Ay, Felipe! si toda la órbita terrestre está gobernada por mujeres... Tú, insignificante grano de arena en esta complicada maquinaria social, bien puedes estarlo sin desdoro... por otra mujer, máxime, cuando ésta se llama Crikette, y es la más espiritual y la más bella e inteligente de cuantas han existido.

VI

Crikette se preparaba para el próximo acontecimiento de su boda.

El palacete que los señores de Canturac

ocupaban en Clichy, había sido invadido por los modistos, los sástrés y los zapateros más famosos de París.

La señora de Canturac miraba con melancolía todos estos preparativos, y ponía un aire de sacrificada voluntaria. Ciquette extremaba sus amabilidades para mamá, y había cobrado una familiaridad nueva con su padre.

Por la mañana iban a pasear por el Bosque, y la muchachita, convertida rápidamente en una de las más bellas damiselas del París elegante, sentía a cada momento clavar en ella las miradas de admiración de los elegantes.

—Es la pequeña Canturac— oyó decir un día a una respetable señora que lucía un descote anatómico—. Dicen que es una muchacha de talento... Y algo debe haber de verdad cuando ha podido pescar a ese pez escurridizo de Levaux.

Así Ciquette se sentía admirada por el gentío elegante del Bosque y por la concurrencia selecta del Piro Catelán, adonde iban con frecuencia a descansar de su paseo por las avenidas.

Un día el señor de Canturac, cada vez más rejuvenecido y más familiarizado con su hija, le hizo una confidencia:

—Hijita mía, debes ser un poco tolerante

con Felipe. Todas las mujeres de talento lo son con sus mandos y excusan sus debilidades.

—¿Y tiene muchas "debilidades" mi prometido?

—No se sabe, porque es hombre discreto... pero se le suponen algunas.

—Perfectamente. Cuando se case conmigo no le quedará tiempo de atender a sus antiguas amistades.

—Entonces de acuerdo, hijita. Esa es la más sabia prerrogativa de la mujer: saber conquistar a su marido. ¿Tú le quieres realmente?

—Papá, si te dijese que sí te engañaría. Y si te dijera lo contrario, tampoco te diría la verdad. Pero es la primera vez que oigo preguntar a una mujer si quiere a su marido. ¿Se puede saber de dónde sacas ese achaque sentimental?

—Hija mía, en el fondo es lo único que importa en la vida.

—Seguramente, pero no en el matrimonio.

—¿Esas extravagantes ideas modernas que ahora os inculcan!

—Son las mismas de antes. Pero ahora está de moda el decir lo que se siente, y antes lo estaba el convencer a la gente de que se sentía lo que se decía... El mundo tiene

muchas maneras curiosas de decir mentiras.

—Si no le amas, Crikette, es mejor que lo dejes en libertad. Los hombres como Felipe, necesitan que se les consagre mucha abnegación y mucho heroísmo... y esto sólo se obtiene de un amor profundo.

—Estás perfectamente equivocado, padre mío. La verdad es que ningún hombre sabe comprender bien a las mujeres. La mujer no ama activamente, en conquistador, como vosotros. Ellas se conforman con dominar simplemente.

La mujer no es esencialmente apta para amante. En cambio, lo es por naturaleza para madre.

Ninguna mujer ama a ningún grande hombre, si no es por lo que éstos tienen siempre de pequeños hombres. La mujer de un sabio es una especie de madrecita que conoce y perdona las debilidades de su esposo y sus extravagancias. La del general glorioso, sabe mejor que nadie lo que tiene de gotoso y de comodón su marido. Y la del hombre de estudios organiza los horarios de la comida y las horas que hay que robar al trabajo para el descanso necesario.

Para que haya buenas esposas es necesario que hayan maridos imposibles.

—Me dejas admirado, Crikette. Jamás hubiera pensado, antes de "conocerle", co-

mo te conozco ahora, que hubiera tanta comprensión y tanta cordura en esa cabecita loca y extravagante. ¿Entonces crees que podrás ser una buena esposa de Felipe?

—Evidentemente, papá... porque él será, sin duda, el más detestable de los maridos.

VII

Las viejas amigas del Colegio de Crikette habían venido aquella mañana para felicitarla por su próxima boda.

Entre ellas se contaban las más cariñosas amigas de Crikette.

—Sabes, la directora no ha querido que trajéramos su representación. No puede perdonarte la suerte que la vida te ha deparado.

—Oh, es un bello partido para ti Crikette, ¿sabes? Mamá me decía que eres la envidia de todas las mujeres de París.

Una de ellas se aventuró a decir:

—Pero tú no te acuerdas de una cosa, Crikette. Antes de salir del Colegio, nos dijiste que te casarías cuando quisieras con aquel joven vecino tan elegante que te trajo

en brazos al colegio. La primera parte de la profecía se ha cumplido... sólo que ya has sido infiel a tu primer amor.

—Pues ahí está la gracia de esta novela, polvorilla. La profecía se ha cumplido en toda su integridad. Mi futuro marido es ni más ni menos que aquel elegante y hermoso caballero con el que soñasteis todas la noche de mi accidentada huida del colegio.

—¿Pero es eso posible, Crikette? ¿Y cómo has podido arreglártelas para ello?

—Oh, muy sencillo. Cuando es Dios quien hace las cosas, las hace bien, y mi boda, aunque vosotros no lo creáis ha merecido el favor del Padre Eterno, que es quien la ha dispuesto.

—Pero tú, es de creer que le hayas ayudado un poquito. Al fin y al cabo hace tiempo que nos conocemos, y ya se sabe lo que sucede cuando tú te empeñas en una cosa.

—No creáis, no. Felipe era mi media naranja. El lo ha comprendido y ha acudido a mí sin la más ligera insinuación por parte mía.

—Tendrás que presentarnos a tu esposo. ¿Es guapo?

—Según dicen no hay hombre tan irresistible en toda Francia.

—¿Rico?

—Entre lo que yo aporte y lo suyo, pode-

mos vivir lo menos cinco años sin arruinarnos.

—¿Que loca eres, Crikette!

No, no creáis. La verdad es que ahora soy casi una señora de responsabilidad. Figuraos que ha convenido conmigo misma en servir de madrecita a mi novio que me duplica justamente la edad.

—Estoy dispuesta a organizar mi casa y llevar las riendas de la servidumbre. A llevar la administración, a intervenir en los negocios de mi marido, a elegir sus corbatas, a prepararle sus discursos para la Academia y a asistir a todas las fiestas distinguidas de la ciudad.

Comprenderéis que tengo un plan napoleónico que realizar.

—Crikette, eres la mujer más grande que ha existido!

—Pso sin contar con la confección de ramisitas y de pañales, que empezará al día siguiente de la boda.

—¿Y dónde proyectáis hacer vuestro viaje de bodas? Si fuera yo quien tuviera que casarme, ya lo tendría proyectado. Saldría por Cannes, Italia, toda Italia. Es un país maravilloso de poesía y de amor. Luego Egipto, Tierra Santa. La India misteriosa. Luego el mar de China. Ese Shangai, turbulento y lleno a mitad de misterio oriental y

de vicio de Occidente. Japón, galante y caballeroso, con sus islas de los placeres...

—Pero, hijita, eso no es un viaje de bodas. Eso es un viaje de exploración y descubrimientos!

Rieron todas de buena gana. Ciquette declaró:

—Por mi parte, yo no tengo esos proyectos tan vastos. Mi viaje de boda empezará en Clichy y terminará en la plaza de la Estrella, en casa de mi marido.

"Nos casaremos por la mañana, y por la noche dormiremos en mi nueva casa. Los maridos regularmente acaban por ahurrirse de sus esposas al cabo de tres o cuatro años de convivencia... salvo cuando hay viaje de bodas. Entonces se causan a los tres o cuatro días de viaje.

"Es bien sencillo, empieza la broma por los mozos de equipaje de las estaciones que se miran entre sí y acaban guiñándose los ojos.

"Siguen los viajeros que os miran entre irónicos y tiernos, y compadecen a los torturados. Los empleados de los hoteles que miran por las cerraduras. Los huéspedes que conviven en el hotel que os tratan con una afabilidad nueva. Las doncellitas que ponen antes ceceo a los maridos recién casados.

"Y todo incómodo, poco comfortable, fal-

to de intimidad. Ajetreo de estación. Horarios. Excursiones aburridas. Paisajes nuevos y monótonos. Camas incómodas que se amoldaron a todos los cuerpos y no pueden ya amoldarse al vuestro.

"El amor bajo todos los cielos... aburrimiento del cambio de ambiente, siempre igual, y, por último, los conocimientos nuevos, las nuevas relaciones que cuando os encuentren de nuevo os recordarán que cuando os conocieron érais mucho más joven, y más feliz, en vuestra luna de miel.

"Y luego el regreso fatigado. Todos los regresos de los viajes de bodas tienen algo de divorcio. Se vuelve con el gesto agrio y el aburrimiento pintado en el rostro.

"Yo, por mi parte, os aseguro que no haré este postrer estudio geográfico que hacen casi todas las que no saben viajar por el corazón de París, en un discreto e íntimo viaje nuevo... en el mejor que puede hacerse nunca.

Si no estuviéramos convencidos que el relatar los fastuosos detalles con que aquella boda fué preparada, serviría sólo para exci-

tar la envidia de nuestras lectoras, procederíamos a explicar con una minuciosidad de cronistas de salones los vallosos y numerosos regalos que los novios recibieron de toda la alta sociedad parisina. Relataríamos las complicadas y extravagantes toilettes que los más famosos modistos de la Rue de la Paix crearon para la gentilísima Criquette de Canturac, y, por último, reseñaríamos la ceremonia de la boda que fué celebrada en la parroquia de la Magdalena ante una concurrencia formada por aristócratas del más rancio abolengo, por ministros, directores de los grandes rotativos, abogados célebres, literatos a la moda, y hasta alguna princesa más o menos equívoca.

Pero no hemos de olvidar que nuestra labor se reduce más bien a relatar los hechos de una manera escueta y sin descripciones demasiado tentadoras para las adorables muñequitas que sueñan con las rosadas ilusiones de Himeneo.

Pero mas luego podrá verse, que no todo es gloria en la viña del Señor, pues hasta en la más fastuosa y agradable de las fiestas se esconden incidentes dolorosos para el candor y la confianza de las desgraciadas y sufridas mujeres.

Mas es lo cierto que la boda revistió toda la solemnidad que hace al caso. Que la gen-



Donde tuvo lugar la gran comedia de esposas altas.

til pareja causó a la salida de la Iglesia la admiración de todos los grupos de curiosas modistillas que acertaron a pasar por allí a tales horas, y que los novios a todo gas de un 80 caballos salieron para Clichy, donde tuvo lugar la gran comida de esponsales.

Madame de Canturac no podía esconder la ternura que su bello yerno le causaba. Al besarle en la frente le cayeron dos lágrimas.

—Verdad, mamita, que es enternecedor besar a un hijo tan apuesto y buen mozo como el que te ha tocado en suerte?

El señor de Canturac halló manera de llamar durante la hora de los cigarrós, un momento aparte a su yerno.

Amigo mío le dijo—, te acabas de adueñar del mejor tesoro de esta casa. Procura tratarlo bien, porque no sabes lo que llevas.

—Es cierto, mi querido padre. Todos han dicho que constituíamos una pareja ideal, y un par de buenos mozos sin igual en París.

—Procura, sin embargo, no envanecerte con esa idea, porque puedes creerte, Ciquette no es de las que aprecian demasiado el encanto de los buenos mozos.

—¡Oh, ella sí; ella sí que me ama por mi mismo! Eso usted no puede comprenderlo. Pero yo lo sé mejor que nadie, porque no hay como un hombre que ama para comprender

el amor. Mi tierna Ciquette va a ser muy feliz a mi lado.

—Procura tú no hacerle demasiado desgraciado al lado de ella... Tú puedes evitarlo si sabes... reducir el número de tus amantes a una cifra razonable, y esconderlas lo más discretamente posible.

¿Quién habla ahora de esas escandalosas aventuras que se me han atribuido fantásticamente? Yo no amo más que a una mujer, y esa mujer, por su parte, me ama a mí con locura. Desde hoy, yo le garantizo que si hay una pareja feliz en Francia, esa la constituimos nosotros.

—Pero, mira, hijo mío. Hazte cargo. Nosotros sabemos muchas veces ser tolerantes con nuestras esposas... claro, sin comprometerse a nada serio... pero ellas no saben nunca hacerse cargo de cuanto se refiere a nosotros. Yo no digo que un hombre tenga forzosamente que guardar una fidelidad absoluta a su esposa... pero de esto a seguir una vida escandalosa, hay un mundo. Máximé, cuando, o mucho me equivoco, o Ciquette no tiene una decidida vocación de mártir. Conque, muchacho, mucho ojo y mucha discreción. Te lo dice un viejo conocedor de estos asuntos.

El pobre Felipe quedó con la palabra en la boca y perfectamente asombrado.

¿Pero qué especie de monstruo había creído aquel señor que era él? ¡Le a hablar de fidelidad el día de su boda!

Que le hablaran a él de los grandes amantes de la historia, a ver quién era capaz de sentir como él una vocación tan manifiesta a la fidelidad. Nadie estaba decidido a respetar y a idolatrar a su esposa, nadie tan dispuesto a consagrarle toda una vida de abnegación y de ternura.

No decía él que un día no pudiera tener una debilidad. Pero el pensar ahora que esto podía suceder era una verdadera herejía.

No; decididamente, él no engañaría a su esposa... en mucho tiempo.

X

Lola D'Ibarrs era una de aquellas señoritas equívocas que vivían con un lujo extraordinario y a las que no se le conocían bienes de fortuna. Durante mucho tiempo se tuvo como cierto que la señorita Ibarrs hacía efectivos en el Banco de Francia cheques con la firma de Felipe Levaux, y esta sola coincidencia sirvió a algunos maliciosos

para suponer que entre ambos jóvenes existía una antigua amistad amorosa.

Claro está que Felipe no había hecho nada para demostrar lo contrario, y era frecuente hallarlos juntos en los lugares más galantes de París a altas horas de la madrugada.

Pero Lola D'Ibarrs, como muchas otras, había también recibido poco antes de la boda de Felipe una atenta carta en la que elegantemente daba éste por terminada toda la vieja amistad que hubiese podido unirles.

Pensar que Lola D'Ibarrs iba a conformarse con una explicación tan fútil era desconocerla a ella.

El día de la boda de Felipe, con toda tranquilidad se perfumó, se vistió de la más provocativa manera y coloreó su rostro con los más vibrantes y vistosos colores que pudo hallar en su complicado laboratorio de tocador.

Luego dio a su chófer la dirección de Felipe y se personó en casa de su antiguo amigo, cuya topografía, a juzgar por sus maneras, debía serle altamente familiar. Efectivamente, una vez allí, ante la confusión del fiel criado de Felipe, se aposentó en la habitación de éste. Se quitó con tranquilidad los guantes y el abrigo y se sentó cómodamente en un diván.

—Pero, señorita, usted no puede permanecer aquí. Hoy se casa el señor Levaux y dentro de poco vendrá con su esposa a esta casa.

—Si, ya sé que esta mañana se ha casado. Lo que falta saber es si divorciará esta noche.

—Por favor, señorita, usted no comprometa a mí personalmente; le ruego que salga de esta casa.

—No tengas cuidado, dentro de unas horas pienso marcharme. Entre tanto sirveme coñac.

—Considere que yo ya soy viejo, y que he sido honrado hasta ahora. Su presencia aquí me representa la ruina... ¡el hospital!... ¿Qué va a ser de mis pobres sobrinos si usted se obstina en permanecer aquí?

—¿Tienes muchos?

—Tres; dos de ellos están casados y no tienen más apoyo que yo.

—El tercero está en el Tonkin, haciendo su servicio militar en el ejército colonial.

—Mira, pobre hombre, sospecho que ese tiene ahora menos peligro que tú.

—¡Por Dios, señorita!...

—Anda, sirveme el coñac que te he pedido, si no quieres tú también conocer mis iras.

El buen criado fué a hacer lo que la se-

ñorita Lola le mandaba, confiando en la providencia salvadora que permitiría a buen seguro que las cosas se arreglaran antes del conflicto inminente que aquella mujer había planeado.

Al quedarse sola la señorita D'Iharrs tuvo una risa llena de cinismo, y sin pensarlo mucho, fuése al cuarto de Felipe, y como persona familiarizada, se acostó en aquel lecho con la tranquilidad que pudiera hacerlo en el suyo propio.

Antes de que el criado hubiese entrado en el aposento con el servicio de coñac, Lola dormía tranquilamente con la paz del justo que se entrega al sueño con la conciencia limpia de preocupaciones.

Y así fué como el criado al llegar y ver que había desaparecido, lanzó un suspiro consolador, convencido de que aquella caprichosa dama, aburrida de esperar, había optado por marcharse.

Siempre la providencia te ha protegido. Aunque creo que lo que más ha debido conmoverla para ello es lo del Tonkin.

Entre tanto el convite en casa de los Canturac había tocado a su fin. Los novios tuvieron que recibir la enternecedora bendición y la despedida de los padres.

Las advertencias y las recomendaciones

de las personas experimentadas, y, por fin, al encontrarse en el interior del esherbio coche que debía conducirles a su casa, tuvieron un suspiro de desahogo.

La tarde estaba bellísima por las afueras, y la naturaleza en plena floración primaveral parecía revivir del letargo del invierno.

Por un rato quedaron ambos esposos en un embarazoso silencio, contemplando absortos el pretexto fútil del hermoso paisaje.

— ¡Esta la tarde tan bella como tú misma, Criquette! — dijo por fin Felipe por decir algo.

— Eres demasiado adulador para la tarde.

— Tienes razón. La felicidad nos idolatriza casi siempre y nos hace decir sandeces.

— No creas, Felipe, a mí me gustas más cuando dices tonterías. Por eso puedes estar contento. Me gustas siempre.

— ¿Por qué eres tan cruel conmigo, Criquette, si sabes cuánto te quiero?

— Pues ahí está todo. Que ahora voy pensando que en nuestra boda no ha habido más cariño verdad que el mío. Pienso que hice mal en comprometerte.

— ¿Cómo puedes hablar así, Criquette? Tú sabes bien que yo solo me comprometí. No por temor a afrontar las circunstancias, sino porque te amaba ya sin sospecharlo. Después me he ido apercibiendo poco a po-

co de cuánto tú representabas para mí, y de cuánto yo te idolatraba.

— Ahora si esta boda no se hubiera realizado, yo no hubiera podido vivir más sin ti.

— ¡Bah!, ya te hubieras consolado con una de tus numerosas y antiguas amigas.

— Pero, Criquette, no sé cómo convencerte de que hoy no cuenta para mí en el mundo ninguna otra mujer que tú. Tú lo eres todo para mí. Ahora pienso la farsa enorme del amor fingido, hoy que conozco toda la intensidad de un amor verdadero.

— Felipe, ¿es cierto cuanto me dices?

— Pero, hijita mía, ¿para qué había de engañarte? Sería como mentirme a mí.

— Pues bien, en este momento podemos hablar con más confianza, porque yo creo algo más de lo que hasta aquí habrás sido.

— Te debo una explicación, ahora que eres mi maridito querido. En nuestra boda muchas cosas habrán podido parecerme un tanto absurdas. Yo las he ordenado, las he aprovechado cuidadosamente y las he encargado por el terreno que me convenía.

— Una cosa podía molestarte si te tomaras el trabajo de pensarla. El imaginar que yo he podido arreglar esta boda con una diablura de colegiala.

— No, Criquette; si esa es tu mejor obra y la que más te agradezco.

En este momento sí, pero más adelante podrías juzgarla mal. La verdad es que desde el primer momento que te conocí, cal en tus brazos y tuve el presentimiento que para toda la vida.

"Después te hablé en las salas de mi casa y con esa vanidad propia de todas las mujeres, juzgué que tu corte estaba dedicado a mí.

"Sólo en un momento tuve la revelación del gran equivoco que había sufrido. Rué cuando una mañana que acudí llena de fe a tu casa me convencí de que algo muy doloroso para mí podía acontecer. El culto de mi madre, se mantenía en mí como una cosa sagrada, y todo parecía venirse abajo, a la idea de que tú ibas a robarme mi fe en ella. Amor ilusión, hasta la fe en las personas idolatradas. Cualquiera otra hubiera reaccionado trágicamente ante tanto desengaño. Yo pensé entonces como una mujer perfectamente moderna. Vi cual era el fin, y si había puesto antes mi confianza en ti, y había soñado con tu amor, más fuertemente me aterroré a esta idea cuando comprendí que era la única salida viable de aquel atolladero en que me hallaba sumida.

"Por mí, pero esencialmente por ti mismo, era necesario vencer aquella situación. Tú podías ser para mí el hombre adorable por

el que una mujer sacrifica un placer toda su vida. Pero de otra manera hubieras sido el ser detestable que entrara a saco en mi fe y en mi confianza en la humanidad. Por amor mismo hacia ti la elección no era difícil. Tomé mi partido. Una circunstancia imprevista iba a ayudarme en mi intriga. La inopinada presencia de mi padre en tu casa. Esto lo arregló todo. La solución estaba lograda, pero además, esta era tal que, lejos de perderlo todo, lo gané *todo* de una vez.

"A veces jugamos nuestras vilas a una carta. Lo discreto es jugarla con elegancia, y como quien realiza solo una jugarreta sin transcendencia. Yo jugué así entonces todo mi porvenir y toda mi felicidad. Para cualquiera podía esto parecer un juego de niña mal educada. Pero tú quiero que sepas que jugaba con la sangre de mi corazón y con las lágrimas ahogadas en una hora trágica.

—Me estás mostrando una faceta enteramente nueva de tu carácter, y no puedo menos de admirarte. Pero imagina por un momento, que en vez de hallar un hombre como yo, fuertemente atraído por ti, aún sin saberlo, hubieras hallado al Felipe cínico y desprecioso que he sido otras veces, ¿qué hubieras hecho entonces?

—No sé, Felipe. Ya te he dicho que lo jugaba todo, y cuando se juega no se piensa

más que en ganar. Antes de perder el último billete, el jugador no piensa aún en la pistola.

— Es milagro, so Criqueite. La verdad es que yo mismo deseaba con toda mi alma esta solución y sin embargo me sorprendió al conocerla. Te amaba ya desde el primer momento, y me disgustaba confesarlo.

El coche había llegado finalmente a la casa de Felipe.

Un momento más tarde la feliz pareja se hallaba en el mismo cuarto en que se convino la boda de ambos unos meses antes.

Al entrar en su casa el señor Levaux dio un golpe en la espalda a su antiguo criado de confianza.

— ¡Felicitame Andrés! ¡Soy el hombre más feliz de París!

— ¡Del mundo entero, señor!

Luego el criado tiró un recuerdo que le produjo un escalofrío y prosiguió.

— ¡Ojalá que nada nuble su felicidad jamás!

He aquí llegado el santo momento sobre que tantas escenas maliciosas se han descrito, el momento envidiado por tantas doncellitas soñadoras. El que sirve de título a un sin fin de historias y de novelas de color más o menos subido. El instante que primero



— ¡ Al fin nos hallamos solos, unido-mío!

se olvida en el recuerdo de todo casado y que más se desea revivir.

— Al fin nos hallamos solos, unido-mío.

— Si, esposa; éste es nuestro momento supremo, y por llegar a él he dado mi libertad, pero gustoso hubiera dado mi vida si hubiera sido preciso.

Pero he aquí que Criqueite lanzó un gri-

to horrible. Un grito de terror, de sorpresa, o acaso de repugnancia.

—Felipe, ¿qué hace aquí esta mujer, en tu propio lecho?

Felipe anonadado por la sorpresa, no sabía qué contestar.

—¡Necesito una explicación inmediatamente!

—Pero yo ignoro quién es esta mujer y qué hace aquí.

Lola había entre tanto abierto los ojos, y sin lamutarse por la escena, se excusó:

—Verá, señora, tenía absoluta necesidad de hablar con usted, y como la espera ha sido larga, me he quedado dormida.

—¿Y qué puede usted desear de mí?

—¡Oh, pronto lo sabrá! Primero quería dar a usted gracias por haberme liberado de ese amante avariento y malhumorado, que es Felipe. Luego advertirla a usted de que se halla equivocada si supone que se ha casado con usted por amor.

—Esa cuestión sólo me afecta a mí. Con qué puede evitarse la molestia y salir de esta casa inmediatamente.

—Poco a poco, señora. Usted es su mujer hace unas horas y ya cree tener todos los derechos. Yo lo he sufrido durante diez años y también creo tener algunos.

—Y bien, ¿qué pretende?



—¿Ese debe ser una broma, verdad, Felipe?

—Decirle solamente que Felipe no la ama, que a quien él ama es a mí.

—¿Y solo para eso, se ha tomado el trabajo de deshacer mi cama?

—Con usted se ha casado obligado. A mí me quiere espontáneamente. ¿Quién puede hablar aquí de amor?

—¿Obligado? ¿Eso debe ser una broma, verdad, Felipe? ¡Díla en seguida que está equivocada!

—¿Y esta carta es también una equivocación?

Al decir esto, Lola de D'Ibarrs le tendió la carta escrita por Felipe.

Criquette la leyó con tranquilidad, y apenas pudo advertirse en su semblante una ligera palidez.

—No insista, señorita. Estoy perfectamente enterada de esa aventurilla.

—A nuestro amor le llama usted una aventurilla?

—Felipe me lo ha contado todo antes de nuestra boda.

—Pero es posible, que él haya tenido la osadía?

Yo tengo una absoluta confianza en mi marido porque conozco con todo detalle el género y la calidad de sus pasajeros amores interesantes. Cosas de hombre soltero mimado por las damas.

Es posible que usted conozca toda su vida de escándalo. ¡Ah, sólo nosotras podemos sufrir una conducta como la de su esposo de usted... porque al fin y al cabo lo mismo nos da que nos engañen. Pero usted...

Mientras Lola iba hablando, abrió un cajón de la mesa de despacho, y de él extrajo un voluminoso paquete del que salieron multitud de retratos de bellas mujeres del "boudoir Paris".

—¿El le contó a usted lo de éstas?

—¿... y lo de éstas?

—¿... y lo de estas otras?

Hay aquí muchas más faltas de las que una mujer sola puede perdonar.

Ahora Criquette tuvo un gesto de energía. Sin duda sufría horriblemente en su interior.

—Basta de una vez—gritó— La he tolerado más de lo que debía. Le repito que lo sé todo. Puede usted salir inmediatamente, si no desea que la haga arrojar por los cristales.

Había una tal firmeza y una decisión tan clara en la mirada de aquella mujer que era casi una criatura que la aventurera, intimidada, se dispuso a salir sin nuevos comentarios.

Al traspasar el dintel de la puerta se volvió y con gran sorna, gritó:

Buena pieza le ha tocado en suerte...

cuando le oiga rascar por la noche no le tendrá tanta admiración como ahora.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta, y ambos esposos quedaron finalmente solos.

—Gracias, Crikette—decía Felipe—. ¡Ya sabía yo que te darías cuenta, y sabrías perdonarme!...

—¡Sí, señor; ya he podido darme cuenta de todo! Mañana mi abogado presentará mi demanda de divorcio.

—Pero, Crikette, ¡por Dios!, déjame explicarte. ¿Tú no comprendes?

—Es inútil insistir, me está usted aburriendo con sus inútiles disculpas. ¡Ahora salga de esta habitación, si no prefiere que salga ya de la casa!

De nuevo la dura mirada de Crikette se impuso al descorazonado Levaux, que con aire abatido abandonó la estancia.

Durante breve rato Felipe estuvo paseando por el salón. Ahora veía claramente qué clase de temple era el de esta mujer que hasta entonces había desconocido.

Se hallaba agitado y de vez en cuando prorumpía en frases entrecortadas:

—Yo sólo he sido culpable. Y la pino con celino... En ese caso la solución sería una bata... No estoy dispuesto a seguir la comedia...

... Ella se arrepentiría demasiado tarde... Y al verme exhausto y desangrado, como



También Crikette había acudido al ruido de la detonación.

lloraría, ¡cuanto sentimiento sincero en su color!

Ahora, de repente, sonrió Felipe.

—Sí, esta sería una bella solución. La más bella de todas... Sin embargo, el sasto inmenso que ella habría de tener.

Tomó una resolución. Fué a llamar al cuarto de Crikette, y en voz desesperada, gritó:

—Crikette mía: ¿te obstinas en separarte de mí?

Ella no contestó, y Levaux insistió de nuevo.

—Te ruego que me contestes y medites bien tu respuesta y sus consecuencias. ¿Persistes en pedir el divorcio todavía?

Desde el interior de la habitación, respondió la voz firme de ella:

—Sí, Felipe Levaux;

Entonces fué él a su escritorio y redactó una carta, concebida así:

"Me trajistes la felicidad y ahora te la llevas.

"No puedo vivir sin ti. Adiós.

"Felipe".

Luego buscó en los cajones una arma de fuego. Apagó la luz, rumó un cigarrillo, y al terminar éste se oyó una detonación.

Al estruendo del tiro, acudió el criado de Felipe que, aterrizado, encendió las luces y pudo hallar el cuerpo de su amo tendido en uno de los sillones.

También Ciquette había acudido al ruido de la detonación. Miró atentamente la escena, y dirigiéndose al criado, con la mayor naturalidad, le dijo:

—Ahí, el señor se ha suicidado. Puedes salir a pasear esta noche.

El criado, atónito, no sabía qué pensar de todo aquello. Sin embargo, ante la mirada autoritaria de la señora, salió del cuarto.

Ella, con toda naturalidad, cogió dos candelabros de plata de la chimenea y los en-



— Ahora voy a ver yo quien muere de felicidad.

cendió a su lado. Cruzó sus manos sobre el pecho. Buscó algunas flores, y no hallando más que el ramo de azahar, que poco antes había ella misma retirado de su propio "tot-léte", lo colocó entre las manos de Felipe.

En cuanto a éste no pudo contener más la falsedad de su situación y con un sollozo se arrojó a los pies de su esposa.

—¡Perdóname, Criquette! No me abandones ahora, ¡soy tan desgraciado!

Parecía él ahora un niño desválido, débil y humilde que demandaba protección. En sus ojos habían lágrimas sinceras, y por el recuerdo de la muchacha pasó una conversación sostenida con su padre:

"Las mujeres somos mejores madres que amantes."

—¿Volverá mi niño irreflexivo a las andadas? ¿Caerás de nuevo en tus debilidades escandalosas?

—Solo a ti amo y amaré en mi vida. Desde hoy la vida tendrá un sentido nuevo para mí. Tu amor verdadero de mujer ha sabido enseñarme a amar, a mí, el viejo amador, fracasado hasta ahora en estas lides.

—Felipe—dijo entonces Criquette—, ahora voy a ser yo quien muera de felicidad...

Una luna nueva se remontaba por el cielo, cuando los dos amantes, estrechamente unidos, miraban a la noche infinita y silenciosa con una esperanza nueva y una confianza absoluta en el porvenir.

Los grandes éxitos de BIBLIOTECA FILMS

Las Grandes Novelas de la Pantalla

1 50 ptas. tomo

RESURRECCIÓN.....	Rod la Roque
JAQUE A LA REINA.....	Charles Dullin
EL GAUCHO.....	D. Fairbanks
LA CABAÑA DEL TIO TOM...	James B. Lowe

Selección de Biblioteca Films

50 cts. novela

BEN-HUR.....	Ramón Novarro
LA PEQUEÑA VENDEDORA.....	Mary Pickford
D. QUIJOTE DE LA MANCHA.....	C. Schenstrom
EL CIRCO.....	Charlot
NAPOLEON.....	A. Dieudonné
EL ESPEJO DE LA DICHIA.....	Lily Damita

Selección de Films de Amor

50 cts. novela

EL CUARTO MANDAMIENTO.....	Mary Carr
ODETTE.....	F. Bertini
TITANIC.....	George O'Brien
FLOR DEL DESIERTO.....	Ronald Colman

LAS MIL Y UNA NOCHES

(LOS CUENTOS ETERNOS)

30 cts. cuaderno

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS-Apdo. 707, Barcelona